

DE CONVERTIDOS A EVANGELIZADORES

Pasó Navidad, pasó San Fulgencio y los boniatos dulces, pasó San Antón y la entrañable bendición de los animales, los universitarios acaban sus exámenes, y todos haciendo números porque el dinero no llega... y haciendo dieta porque los centímetros nos sobran. La vida se ha hecho monotonía. Y aquí y ahora, **Jesús**, el que vino niño en Belén, viene de nuevo e **inicia su misión: suscitar creyentes y anunciadores**.

Y hoy, fiesta de la Conversión de San Pablo concluye la **Semana de oración por la unidad de los cristianos**, y hoy de nuevo somos invitados por el Papa Francisco a celebrar el **Domingo de la Palabra de Dios**. ¡Mucho por celebrar!

En aquel tiempo **irrumpió Jesús** en Galilea gritando: **“Convertíos, porque está cerca el Reino de los Cielos”**. Le escuchaban gentes como nosotros: los creyentes que rezaban a Dios en la sinagoga y los que pasaban del tema, los colaboracionistas con los romanos y los que odiaban al invasor... Pero -quizás para todos- Dios no era el quicio de sus vidas; habría cosas más inmediatas que les urgían: el trabajo, la pesca, el pan de los hijos, las herencias..., como para nosotros hoy. A todos llegó el anuncio: **“Convertíos”**. **Y ahí comenzó** para Simón, Andrés, Juan, Santiago... **un lento camino de adhesión a Cristo**, que les llevará a abandonar las redes y convertirse en pescadores de hombres, a salir al mundo y llevar esa noticia que tanto bien había hecho a sus vidas: **“Dios es Amor”**, **“El Reino está cerca”**.

De evangelizados a evangelizadores. Jesús comienza a constituir la *Ecclesia*, el nuevo Pueblo de Dios, convocado por Él mismo para ser **“luz, sal y fermento del mundo”**. **La Iglesia es un pueblo convocado para anunciar las maravillas del Señor**. Uno de ellos, Pablo, nos confesará: **“No me envió Cristo a bautizar sino a anunciar el Evangelio”**, y también: **“¡Ay de mí si no evangelizo!”**.

Tarea de todos; nadie puede excluirse. Todos estamos llamados a hacer realidad en nuestro mundo las palabras de Isaías: **“El pueblo que caminaba en tinieblas ha visto una gran luz; a los que habitaban tierras de sombras una luz les brilló”**. Jesucristo es la realización, el cumplimiento de las promesas hechas a nuestros padres: Él es esa Luz que disipa las tinieblas, las angustias y las inseguridades de los hombres. La luz ya está entre nosotros. Nos corresponde ahora reconocer que vivimos en penumbra, aceptar la luz salvadora de Jesucristo y presentarla sin temor. Dios quiere iluminar a todo hombre, pero sólo lo hará si éste, creado en libertad, acepta. Jesús vino a predicar la conversión y a abrirnos el camino a la vida luminosa de Dios, venciendo en la Cruz las tinieblas del pecado y de la muerte. La conversión no es sólo para aquél que está en el pecado, el mal o la tiniebla existencial. También es para el que necesita más luz en su vida, y también para el que es llamado a esta misión: iluminar la vida de sus semejantes comunicando una luz que no es suya sino reflejada, como hace la luna con la luz del sol.

“Conversión” y “Vocación”, dos llamadas que caminan unidas. No podemos defraudar a Dios, ni fallarles a nuestros semejantes. **De convertidos a evangelizadores**. Y... llenos de Esperanza. **“El Señor es mi luz y mi salvación; ¿a quién temeré?”**.

Luis Emilio Pascual Molina
Capellán de la UCAM